

B. HIDALGO

# Conferencia de vulgarización, pronunciada en el seno de la sociedad "Artístico-Industrial"

JUNIO DE 1917

Sr. Presidente,  
Señores:

Vengo a agradeceros por la benévola invitación con que me habéis honrado para que os dirija mi voz desautorizada, desde este puesto en que supieron otros arrancar vuestros aplausos sinceros con su pensamiento profundo y con su elocuencia convincente; y vengo también, obedeciendo los dictados de mi corazón y los razonamientos de mi conciencia a expresaros, no grandes pensamientos, ni originales teorías, ni brillantes doctrinas ni menos aún, a exponeros en estilo académico, utopías o disquisiciones filosóficas, buenas para otro lugar y en otras circunstancias.

He tomado intencionalmente uno de los aspectos de la multiforme cuestión económica que se agita aquí en nuestra pobre y desventurada Patria, como en otras secciones del planeta.

La luz tiene un reverso que es la sombra y la vida tiene, como toda luz, otra sombra: la miseria; el mundo todo, desde los lejanos cuerpos siderales que flotan en el éter infinito hasta el más pequeño sér en la escala de la vida están sujetos a un límite: este límite al tratarse del hombre es el Mal en todas sus formas: el límite fatal e

irremediable de la muerte frente a la vida; del dolor frente al placer; de las risueñas y generosas esperanzas frente al frío desengaño; del ensueño frente a la dura realidad, en fin, de la felicidad, si felicidad cabe en esta tierra al lado de la desgracia y de la riqueza de unos pocos privilegiados por la injusticia y por ese algo inexplicable que decimos Destino, frente a la miseria general. Sí, señores, la Humanidad en su carrera vertiginosa hacia lo desconocido y misterioso, en todos sus esfuerzos por su mejoramiento ha querido, instintivamente al principio, y luego conscientemente, aligerar ya que no extinguir este límite. La Ciencia ha intentado alejar el mal de la ignorancia, esa miseria del alma, con sus raudales de luz, con sus principios invariables; la Religión ha querido también borrar este límite implacable de lo relativo humano, con lo absoluto, de la pequeñez con lo inconmensurable; por esto es por lo que un gran pensador del pasado siglo, al definir la Religión, decía "es el prisma aplicado por el hombre al Infinito"; las instituciones y las leyes, el Arte y la Industria quieren también alejar del hombre este inflexible término de la iniquidad, del mal, y de las injusticias.

Las conquistas del hombre en su progreso no son otra cosa que sucesivos ensanchamientos de su órbita de acción: ya curando enfermedades para prolongar la existencia; ya amenguando el dolor para obtener aquello que decimos felicidad; ya aumentando el pan, el amargo pan por el cual la Humanidad se desgarró desde los primeros tiempos de la Historia para aligerar el hambre y disminuir la miseria. Pero estas conquistas sucesivas no siempre han sido continuas y la Humanidad incorregible no ha sacado provecho de sus terribles enseñanzas; por esto, a pesar de que la razón condena y la opinión execra y la moral reprueba existe la injusticia: la injusticia en las instituciones sociales; la injusticia en la repartición de las riquezas, la injusticia en la distribución de los beneficios individuales y colectivos. Yo, al dirigirme a Uds., no hago otra cosa que hablaros en nombre de la justicia universal, en nombre de la civilización, en nombre de los más santos ideales sancionados por la ra-

zón y aprobados hasta por la conveniencia y la utilidad bien entendidas.—

Así, pues, entro en materia. La distribución de las riquezas nacionales es injusta; la organización de la sociedad ecuatoriana es inicua, está asentada sobre viejos prejuicios hundidos ya en el polvo del olvido y execrados por la Historia. La desigualdad social, en el Ecuador, no es una cuestión simplemente de hecho, no se debe a antecedentes históricos aprobados por el Derecho y la Moral; está admitida por la ley y elevada a la categoría de institución nacional: triste institución que nos llena de oprobio ante el mundo civilizado y que hiere aún nuestros propios y vitales intereses económicos. Yo decía, en otra ocasión, que no era una Nación el Ecuador en el genuino sentido de la palabra, porque no posee ni unidad social, ni unidad étnica, ni unidad cultural, ni siquiera unidad en los grandes ideales que hacen de los pueblos naciones y de los ciudadanos patriotas, menos, mucho menos unidad en su conciencia colectiva, y hablo de la falta de unidad social, es decir, de la diversa condición de hecho y de derecho en que se encuentran los diferentes elementos componentes del País.

El Ecuador es un país pobre en medio de las riquezas; somos débiles cuando estamos rodeados de fuerzas naturales gigantescas que obedecen ya al hombre, vivimos incomunicados entre nosotros mismos cuando no sólo la tierra y el mar se han inclinado ante el genio del hombre y le han dejado pasar con los ferrocarriles y barcos a vapor, sino que el aire, consagrado quizá por la inspiración de los poetas a flotar sus fantasías etéreas y a vibrar la luz que nos aclara y el calor que nos da vida, se ha inclinado también ante su esfuerzo y el hombre se ha dotado de alas para, atrevidamente, hender el espacio azul. Hasta nuestros ricos son pobres al lado de los ricos de otros pueblos. Todo parece que determina un contraste implacable entre el hombre de nuestro País y la grandeza inmaculada de su naturaleza. Cordilleras altísimas que parecen nubes; ríos que semejan mares; llanuras que pueden alimentar a la Francia, como nuestro Oriente olvidado; climas glaciales como los polos,

templado como el aire embalsamado del jardín de las Hespérides y cálido, muy cálido, como el centro del África o una región indostánica. Nuestro País, en lo físico, es la concreción del Planeta por su naturaleza. Todo es grande; todo palpita vida intensa y fecunda, sólo un sér es débil e impotente: el hombre. ¿Por qué la pequeñez del hombre frente a la Naturaleza?. ¿Estamos condenados por la fatalidad, como ya sostuvo un escritor del Viejo Mundo, a no ser los americanos de los trópicos pueblos civilizados, o algún hado desde el fondo del caos insondable nos maldijo para jamás pesar con el peso del pensamiento y de la acción en la balanza de la Historia?. ¿Tenemos derecho a esperar nuestro turno en el tiempo para obtener el prestigio de gran Nación, de país rico y poderoso como hoy, en nuestros días, lo son pueblos como el francés y razas como la sajona?.

El relativo poco tiempo que ha transcurrido desde nuestra emancipación política, no nos autoriza por sí solo para excusar nuestro atraso y para explicar nuestra pobreza; también otros países cuentan como el nuestro los mismos años de vida republicana y sin embargo, brillan con raudales de luz por el progreso, y la riqueza es enorme como hecha por cíclopes. No quiero comparar nuestro desenvolvimiento evolutivo con Norte América, porque pertenecen sus habitantes felices a otra raza, a pesar de que en relación al tiempo de su independencia no nos separa de los yankees ni épocas largas, ni siglos, sino pocos años, casi nada, relativamente a la vida de los pueblos. Pero sí es mi deseo traer a vuestra consideración el estado de nuestro desarrollo económico comparativamente con el de ciertos países sudamericanos, como Chile y la Argentina, especialmente en aquello que dice relación a la economía del obrero, esto es, al bienestar del factor verdadero de todo progreso y de toda grandeza nacional.

Hasta hace poco, durante todos los siglos anteriores a nosotros, salvo rarísimas excepciones, ha predominado la doctrina, o si queréis la creencia absurda de que toda la grandeza histórica de un pueblo se debe únicamente a ciertos hombres privilegiados y a ciertas clases

sociales acaparadoras de la riqueza; pero ahora en el siglo de la Ciencia, en el siglo del determinismo científico, cuando todo se estudia por sus causas y sus consecuencias, la democracia ha reivindicado sus derechos y hoy, para todo pensador que no sea retrógado, la Historia la hacen los miembros del Pueblo, la Historia es la vida de la gran mayoría de los ciudadanos, porque del fondo de la conciencia popular, nacen como de misterioso foco las grandes corrientes del pensamiento y de la acción. Por esta razón, la felicidad y riqueza de los pueblos no consiste en que unos pocos acaparen las riquezas, en que unos cuantos privilegiados abusen de la miseria de los demás; por esta razón, los filósofos y los sabios; la Moral y la Historia condenan el desequilibrio en la posesión de los bienes materiales. Cuando Roma cayó, las tierras del Imperio estaban en manos de unas pocas familias poderosas; cuando Babilonia se hundió, el dos por ciento de la población fué dueña de toda la riqueza, y en nuestro tiempo, en los albores del siglo 17 un leve viento bastó para que la escuadra invencible sucumbiera ante la furia de las olas y con ella el poderío español forjado por conquistas sangrientas y crueles, y sobre la injusticia y el dolor. España cuando poseía este vasto mundo americano no sentía todo el bienestar que se creía con derecho a esperar; la clase trabajadora no estaba en buenas condiciones de vida, y es que las cantidades fabulosas del Perú y de Méjico eran dilapidadas por una Corte corrompida y eran no el fruto del santo, del bendito trabajo, sino de la peor expoliación a esta bestia de carga de todos los tiempos: los pueblos conquistados, especialmente al tratarse de nosotros, las riquezas arrancadas con el látigo de la mano del pobre indio. Ahora, para ser un país próspero, tiene que en su seno alimentar a gente trabajadora que, si fecundiza con su sudor la tierra, la justicia se encargue de remunerarla liberalmente, es decir, de manera que satisfaga sus necesidades. Entre nosotros mismos existen talentos ilustrados, pensadores que escrutan el misterio; pero con eso sólo no somos un País próspero; porque la sociedad, esto es, la mayoría ecuatoriana no siente bienestar, no

gana lo suficiente para comer. Un pueblo es grande cuando ha disminuído la miseria, cuando la mayoría de sus elementos trabaja y produce, y nosotros, somos invadidos por la miseria, debilitados por el hambre y no trabajamos, ni producimos lo que trabajar y producir debemos. Hoy, el estado de la gente obrera entendiéndose por tal todo aquel que necesita de sus esfuerzos individuales para ganarse la vida, es objeto de consideración profunda, por su importancia incontrastable, por sabios y por estadistas, por todos los que piensan en el progreso humano; porque, evidentemente, la sociedad misma está asentada sobre la clase trabajadora, ya que, la causa de las causas de toda riqueza no es la herencia, ni la ocupación, ni la conquista, sino el santo, el bendito trabajo. El trabajo es el dios de las democracias y el enemigo terrible de las otras clases. Si la clase del trabajo ocupa, debe ocupar el primer puesto en la organización de la sociedad; debe también dársele la importancia que se merece. Por haber olvidado este sencillísimo principio que hoy todo el mundo sabe, hasta los niños, de que la riqueza nace del trabajo, se han hundido en la antigüedad pueblos como el Romano y los orientales, y en lo moderno, países como Italia y España que recientemente, en nuestros días, van reanimándose y van saliendo de sus tumbas seculares. El Pueblo Rey no dió la importancia que debía dar al trabajo; allí, las grandes riquezas de los Crasso y Lúculo, de toda la aristocracia guerrera que le dió el predominio mundial provino de la guerra, es decir, de la conquista, esto es, de la peor de las fuentes, de aquella que si temporalmente da sumas fabulosas, irremisiblemente engendra la ruina, no de una clase solamente, sino de todo el pueblo; por eso en Roma al lado de una riqueza poderosa existía una esclavitud desesperante, y por eso, entre nosotros, también, al lado de unos pocos que sin tener grandes caudales, poseen la tierra que no la riegan con su sudor, existe otro esclavo: el indio, la raza maldita que no tiene patria en el suelo de sus mayores, que carece de pan después de agobiarse por el trabajo, que no tiene idea de su estado por la ignorancia en que in-

tencionalmente se lo conserva. El estado del indio ecuatoriano, del pobre indio, helado por el frío del páramo, del indio que ha renunciado porque le han hecho renunciar a sus derechos, es un crimen, un gran crimen que clama justicia. Bien está que podamos explicarnos que en el Indostán existan castas y opresión; allí, al fin se encuentra esta institución social en el fondo de su religión, en la religión del nirvana y del destino irremediable; pero entre nosotros, señores, no me explico; entre nosotros poseemos una Constitución que aun cuando no siempre se cumple, es libérrima como no la tiene Inglaterra, la patria de todos los oprimidos políticos, ni como la tiene Suiza el país de la verdadera democracia; tenemos también leyes avanzadísimas que con todo de no haberse encarnado en la vida real son ya un adelanto; pero tenemos también, la gangrena del indio, el mal terrible ecuatoriano, y no olvidéis que los pueblos que alimentan esclavos en su seno, no saben, cuando llega el caso, defender su Patria, puesto que no la tienen, ni saben progresar, puesto que la esclavitud es la negación del progreso. El progreso no se puede concebir sin libertad, sin igualdad social ante las leyes, y bien sabéis que el indio no es libre, ni igual a sus amos despiadados.

PERUANA CENTRAL DEL PERU  
FUNDADA EN 1951  
ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

PERO bien, penetremos en un punto más concreto, en una consideración que debe preocupar a todos los ecuatorianos, a los ecuatorianos de todos los partidos y de todas las clases sociales. ¿Por qué somos pobres al lado de pueblos que con menos recursos naturales son más ricos económicamente hablando? ¿Por qué dos millones de ecuatorianos con setecientos u ochocientos mil kilómetros cuadrados de territorio carecen la mayor parte de un palmo de tierra, y por qué, me digo, siendo como somos tan pocos no podemos vivir cómodamente en estos ochocientos mil kilómetros cuadrados? ¿Por qué el obrero de las ciudades de la sierra andina gana, promedialmente, cincuenta, sesenta centavos, o si queréis un sucre diario, que realmente no lo gana, y no dos, tres o cuatro sueres por día? ¿Qué causa determina para que el obrero de los campos en nuestros bellos Andes que es el indio gañán, gane la increíble suma de

diez centavos, tal vez veinte—un animal el más vil come más de esta suma al día—pero al indio dicen que le alcanza esta cantidad irrisoria, francamente, no he podido explicarme hasta ahora este milagro. En pueblos más densamente poblados, tomo cualquiera, Francia, Alemania, en tiempos normales, gana un obrero cierta cantidad de dinero que está en relación con sus necesidades; puede satisfacerlas, si no ampliamente, por lo menos, de una manera modesta. Ahora, si comparamos la ganancia diaria del obrero americano—un verdadero millonario ante nosotros—nos causaría espanto. Un obrero yankee, también en tiempos normales, gana como mínimum dos y medio dólares, es decir, cinco sucres, y los obreros de cierta habilidad cinco, seis y siete dólares al día, casi como un Diputado a Congreso de los nuestros, y fijémonos que en los Estados Unidos hay una población de 101.000,000, esto es, diez o doce habitantes por hilómetro cuadrado, mucho más que la densidad relativa ecuatoriana, puesto que, admitiendo ochocientos mil kilómetros --el patriotismo nos obliga a afirmarnos en esta cifra—y dos millones de habitantes, arrojan 2,5 de habitantes por hilómetro cuadrado. En la China está bien que un chino gane treinta o cincuenta centavos; allí la concurrencia de brazos, ya que son tantos, rebaja la posibilidad de colocación y por lo mismo, la ganancia individual es menor; también en la India inglesa sucede lo mismo, el obrero gana muy poco, ya que su población es densísima; pero entre nosotros, parece a la simple vista absurdo que dos millones, como si dijéramos cuatro individuos, se mueran de hambre o poco menos, regados, mal regados ciertamente, en el vasto territorio de ochocientos mil kilómetros cuadrados.

Ahora bien, si volvemos la vista al Sur de nuestro Continente, tenemos que, el obrero argentino de las ciudades gana dos o tres nacionales, mínimum, y el de los campos otro tanto; pero estos últimos, en tiempos de cosecha y de siembra, perciben hasta diez y catorce nacionales, esto es, diez o catorce sucres diarios, hasta el punto de que se trasladan cosecheros de España e Italia al país del Plata.—Entre nosotros, ya sabemos lo que



gana un cosechero de la sierra, el pobre concierto, veinte centavos y palo y látigo. El obrero de nuestra costa no creíais que está mejor, debía obtener mayor ganancia de la que tiene, dados el clima insalubre y las dificultades de la vida.

Conque sin embargo de tener menos habitantes que la Argentina, aunque tal vez la misma densidad territorial, esto es, dos y medio por kilómetro cuadrado, nuestros obreros ganan poco dinero y los argentinos mucho dinero.

Veamos esto. Analicemos la causas de efectos tan distintos, concurriendo ciertas condiciones idénticas, las de la población, en cuanto a su número. Ciertamente, un país absolutamente despoblado es pobre, es decir, no hay comercio ni comodidades; pero, si uno, dos o un grupo cualquiera de hombres labran la tierra tendrán frutos que les dé la tierra aunque no grandes comodidades; pero, el Ecuador, no es un país absolutamente despoblado; y la población en pequeña escala y en ciertas condiciones es favorable para un bienestar general. Ya os dije que en China y la India se puede fácilmente explicar el que sus obreros ganen tan poco, por su población densísima; por esto nacen los deseos de expansión y de conquista; pero entre nosotros no sucede lo mismo. Cuando Grecia, la madre inmortal del género humano, por las ciencias y las artes, construía templos de mármol y eregía estatuas de oro y enlosaba las calles de sus ciudades con finísimas piedras no eran innumerables los griegos por sus millones; eran relativamente pocos; se encontraban, sobre poco más o menos, en condiciones parecidas con el número actual de nuestra población; es posible, pues, el que un pueblo sea rico y el que sus habitantes gocen de bienestar, sin grandes millones de individuos.

Tomemos otro caso: el Canadá, colonia inglesa como bien sabéis, tiene nueve millones y medio de kilómetros cuadrados, con siete millones de habitantes; comparativamente, más tiene el Ecuador, ya que poseemos dos y medio habitantes por kilómetro y el Canadá menos de uno, sin embargo, el obrero canadiense gana más

dinero y vive más cómodamente, por consiguiente, bien podemos admitir la posibilidad de una grande riqueza general y de que las clases trabajadoras estén bien, muy bien remuneradas, aun con pocos habitantes por kilómetro cuadrado. A mi ver, con dos millones que somos podríamos vivir bien, con todo de que podríamos vivir mejor si fuésemos treinta o sesenta millones de compatriotas. La realidad está bien lejos de esta bella posibilidad. Somos muy pobres, no nos bastamos para vivir y yo no sé hasta qué punto las leyes que rigen a las sociedades arreglen el milagro de este equilibrio pasajero, especialmente al tratarse del obrero de Quito. Aquí, como ya dije, el que alquila sus esfuerzos percibe como remuneración tan poco, que no le alcanza seguramente para las necesidades más apremiantes, menos para el ahorro, es decir, para pensar en un porvenir mejor o siquiera menos malo.

Múltiples son las causas que concurren a la producción del estado económico actual del obrero de la sierra; pero la causa principal, aquella que comprende a las demás o que podemos comprenderla para el objeto que nos proponemos es la mala organización nacional, o más bien la inexistencia de organización; falta de organización en las instituciones sociales; falta de organización por la educación y las costumbres; falta de organización en la producción y por consiguiente, pequeñísima o nula exportación, en suma, falta de organización en lo económico. Si preguntásemos a cualquiera, al que menos se preocupe de estas cosas, ¿por qué el obrero gana tan poco, siendo tan vasto el territorio nacional y tan pocos los brazos trabajadores?; os dirá porque somos pobres; esto es, porque no se puede pagar más, y en efecto, el maestro de taller no va a dar por grande humanidad que sienta lo que no tiene, es decir, más de lo que le facultan a él el precio de las cosas que transforma o les da valor; pero, no es mayor el salario de lo que actualmente es, principalmente, porque no producimos abundantemente.—Quiero de'enerme en estas dos causas: la desigualdad social y la insuficiente producción. A su vez, no producimos porque carecemos de capital,

especialmente de capital, y de preparación técnica. La tierra laborable no es cultivada en toda su extensión, ¿para qué hablar de cultivo intensivo o algo más, cuando no sembramos en todas las tierras y si no sembramos es porque carecemos de brazos trabajadores se dice, y sin embargo, el peón y el obrero ganan pocos céntimos al día. ¿No os parece un absurdo, esta situación? Además, no podemos cultivar ni producir lo que las demás industrias producen porque no tenemos capital. Pero, ¿por qué no tenemos capital o por qué no nos lo formamos? La vieja Inglaterra también carecía al principio de su existencia de capitales; también los EE. UU. carecían hace cincuenta o sesenta años de capitales; también la Argentina hace diez o veinte años no tenía capitales ni para cultivar sus llanuras inmensas como lo hace ahora, ni para construir su tupida red ferrocarrilera que en el día tiene. También, Alemania hace 50 años no tenía industrias en grande escala porque no tenía capitales, y sin embargo, Inglaterra se formó sin capitales y EE. UU. organizó sus industrias, como jamás nadie lo ha hecho y la Argentina se enriquece como un jugador feliz que nunca pierde, y exporta, y se hace cada día más rica. Nosotros también debemos hacernos de capitales y voy a indicar brevemente, abstracción hecha del crédito interno o externo, cómo podemos crear capitales o riquezas para hacer mover la producción, es decir, para engendrar mayor riqueza cada vez.

¿Qué es la riqueza tomada como capital? ¿Viene del acaso o de la nada por la suerte o por alguna otra circunstancia? No. El capital, que en este caso vamos a emplear sin sujetarnos a las estrictas leyes de la economía, indistintamente, como riqueza o como palanca de la producción no es sino el resultado de la materia prima, o producción directa de la tierra y del trabajo. Así es que, se puede engendrar el capital para futuros y mejores negocios aplicando el esfuerzo humano a la tierra, es decir, trabajando sobre la tierra. Tenemos, pues, que capital es igual a materia prima más trabajo; ahora bien, ¿estos dos elementos del futuro capital, de la riqueza del mañana, podemos encontrar a nuestra mano

sin recurrir a la usura extranjera o nacional y sin esperar el favor? Evidentemente, sí. Tenemos materia prima, es decir, tierras y tierras incultas aún en la parte poblada—que no quiero traer a la memoria los bosques orientales que ya dije pueden contener a Francia o Alemania, que se matan en la hora actual. Este elemento del capital es inmenso. constituye una reserva para varios siglos; ahora, por lo que toca al otro factor del capital, ¿poseemos fuerzas, es decir, los ecuatorianos poseemos energías para algo que no deben ser empleadas en despedarnos en luchas intestinas o en consumirlas en el ocio indiferente, como musulmanes? Vosotros responderéis por mí; creo yo, que sí existen brazos para el trabajo de que vengo hablando. Si tenemos los dos factores del capital, los dos elementos de la riqueza ¿entonces qué nos falta?:—voluntad y organización. Cuando hace sesenta años, en las regiones abandonadas en que hoy se encuentran Chicago y San Luis y tantas otras ciudades progresistas que alimentan por miles a los obreros, de una manera cómoda, no tenían capitales para hacer lo que han hecho, no produjeron de otra manera el capital que necesitaban, que trabajando las vastas soledades; unieron el esfuerzo, que digo yo, y la materia prima, esto es, las tierras: roturaron el suelo, sembraron, y las cosechas, en cualquier parte, ya son dinero, es decir, capital, porque se las puede vender, y mientras más se siembre más se cosecha y más capital se consigue. Esto que sucede en Agricultura, uno de tantos modos de trabajar, sucede también o sucedió, para continuar con nuestro ejemplo de Chicago, en las industrias de todo género. Creo que sí podemos formar el capital inicial para ulteriores trabajos: lo estamos formando, pero lentamente y sin sujetarnos a un plan de organización. Pero me diréis, si yo hago muchos objetos de mi oficio, porque quiero formar capital para ensanchar mi negocio, no tengo a quien venderlos; efectivamente; si un jefe de taller quiere formar o aumentar su capital sin recurrir al crédito que frecuentemente conduce a la ruina, no tiene a quien vender todo lo que produce y el remedio lejos de curar, embaraza.—Claro, si un zapatero o si to-

dos los zapateros de Quito quieren aumentar su capital con la intensificación de su trabajo, me dirán con razón no hay a quien vender tantos zapatos; pero no hay quien compre, no porque falten hombres a quienes calzar, ni porque falte deseos en el comprador, sino por no tener con qué comprar. Y aquí se relaciona ya con la desigualdad social: el indio no compra zapatos y no se viste como hombre civilizado, no porque le falten deseos de cubrirse decentemente o de calzarse—en algunos casos puede suceder, pero son excepciones y de las excepciones no nos ocupamos—sino porque el *real* que gana no le alcanza ni para saciar el hambre que le devora, menos para convertirse en un *dandy*. Asimismo, cualquier individuo pobre, no varía sus zapatos por capricho, ni porque le falte voluntad, sino por carecer de dinero aunque trabaje mucho.

Con esto, podemos entender ya la importancia económica de que todo obrero, de que el indio, y cualquier ser humano que presta sus servicios para algún trabajo, tenga una remuneración económica aceptable. Si mañana, en el próximo Congreso, por ejemplo, se expide una ley, pero ley que se cumpla, aboliendo el concertaje definitivamente, sin paliativos ni subterfugios y se obliga al patrón que a su *ex-concierto* se le pague cincuenta, setenta centavos o un sucre diario, tendremos ya a quien vender los zapatos, y a quien vestir, y por consiguiente, podremos aumentar el capital para ulteriores trabajos de mayor importancia. Es, pues, no sólo inhumano, no sólo contrario al sentido del siglo y de la Historia; contrario al Cristianismo que iguala a los hombres; es no sólo un crimen de lesa humanidad el concertaje del indio, sino también es un mal negocio, y siquiera por esta consideración debemos contribuir todos a la extinción de esta oprobiosa esclavitud americana.

Figurémonos también los otros elementos sociales, hoy mal pagados y no quiero decir cuáles por no herir susceptibilidades,—que estén mejor remunerados—entonces la ganancia se aumentaría para todo el mundo; porque hay que convenir en que si el indio y los demás trabajadores a que me refiero ganasen más, no van a

arrojar a la calle el dinero ganado, ni van a sepultarlo en la tierra—si lo hacen alguna vez es por miedo a que se lo arrebaten. Emplearían en mejorar su alimentación, es decir, comprarían, o en vestirse dignamente, que también comprarían o ahorrarían, pero el ahorro es una bendición, es el capital mismo: si Francia es rica, es porque ahorra, es el país que más ahorra, por esto es el banquero del Planeta; pero nosotros ni trabajamos, ni ahorramos y deseamos que de lo alto caiga el capital para toda empresa.

La desigualdad social, es, pues, un mal negocio para los ecuatorianos, si todos ganasen, sin sujetarse a ninguna institución inicua, como el concertaje, según el libre juego de las leyes económicas, habríamos formado capitales para tender ferrocarriles o para construir fábricas o para cultivar en mayor escala la tierra. Pero me coloco en una suposición, mera suposición, y por lo mismo muy lejos de la realidad: aun con la liberación del indio, figurémonos que no tendríamos a quien vender lo que hacemos; pues bien, ahí viene la exportación; para la exportación podemos preparar todo nuestro trabajo y todavía la humanidad que es inmensa no alcanzaría a llenar sus necesidades. Exportémoslo todo; si es posible hasta las piedras de nuestras montañas; la madera de nuestros bosques; los productos de la tierra; los objetos de la habilidad nacional. Mas, se me dirá, si exportamos los productos de la tierra, los cereales por ejemplo, ¿qué comemos?; el precio de la vida ha crecido tanto que no alcanzan los céntimos que ganamos; perfectamente, es así; pero es así porque no nos hemos preparado para la exportación y mientras no nos preparemos para ello, vendrá la crisis general y el malestar de los obreros; si nos preparamos, no sucederá tal cosa. Figurémonos una cosa más, que estamos ya preparados para la exportación y que el zapatero exporta todos los zapatos que hace, el sombrerero, los sombreros que prepara y el industrial, cualquier industrial, todos sus productos; entonces sucederá que todos los ecuatorianos ganarán más de lo que hoy ganan y se formarían capitales, grandes capitales para empresas más importantes.

Hoy, el único artículo exportable es el cacao y la Costa por esto se dice rica relativamente a la Sierra; pero si mañana exportamos no sólo cacao, sino café, cereales, en fin todo lo que puede brotar de la tierra o del esfuerzo humano o hasta del pensamiento, el pensamiento también se exporta en doctrinas, en instituciones, en libros y novelas, ¿será mala la exportación para el pueblo ecuatoriano?—La exportación es un bien, la exportación siempre es un bien, cuando se reserva lo necesario para el pueblo exportador. Así es que la exportación, organizado ya el pueblo para ella, es una ventaja, es algo más, es una fuente de verdadera riqueza. Si los EE. UU. son ricos, es porque exportan todo lo que producen; si Chile nos causa admiración es porque exporta por cientos de millones, preferentemente, un artículo, el salitre.

Pensad un momento en que se suspenda o disminuya la exportación en Inglaterra, en EE. UU. o en cualquier parte, ¿qué sucederá?: vendría el hambre con su cortejo de iniquidades; por esta razón, Inglaterra se bate contra un pueblo que le arrebatava sus compradores y por el propio motivo los yankees van a guerrear en suelo extraño. Todo estadista se preocupa de ensanchar la exportación porque es aumentar las posibilidades de acrecentar la riqueza; sólo entre nosotros se ha descuidado lamentablemente, y nuestra exportación está por debajo de cualquiera otra nación sudamericana. Argentina exporta más de mil quinientos millones; Chile más de trescientos millones, Bolivia más de ciento, y el Ecuador no pasa de veinticinco millones de sucres, es decir, doce sucres por cada habitante al año. Mientras todos los pueblos trabajadores buscan compradores en la exportación por medio de agentes y cónsules; conquistando colonias para obtener mercados seguros, celebrando tratados para adquirir ventajas, nosotros somos como aquellos que profesan la religión de Mahoma, que, creyendo en un destino negro, nos sometemos al dictado de lo que estaba escrito. El porvenir individual o social no es fatal; no ha decretado ningún sér sobrenatural, lo hace el hombre con su voluntad y su pensainien-

to, lo hace cada pueblo con sus instituciones y con la justicia de sus obras.

Otro punto que se relaciona íntimamente con esto de la exportación, como causa de mejoramiento obrero, es el subido precio que cuestan ciertas materias primas, que traemos del exterior; no nos bastamos a nosotros mismos en nuestra producción, entre otras cosas, porque en el Ecuador no se encuentran todos los materiales de trabajo y precisa importarlos y como la importación está gravada con derechos, resulta que cualquier artículo o, como decimos entre nosotros, cualquier material es caro, de tal manera caro, que es preferible pedirlo del exterior para que cueste menos el artículo que se quiere hacer con él. Evidentemente, el Gobierno, es decir el Congreso, debe tomar parte en esto y los obreros están en el derecho de solicitar un sistema aduanero que favorezca sus oficios y profesiones y no sirva tan sólo para llenar las arcas fiscales, que no se llenan y para privarle del pan al trabajador; favoreciendo, cosa extraña, de esta manera, al producto extranjero.

Tomemos un caso; en Francia e Italia y en general en todo país que se prepare chocolate con nuestro cacao, dando trabajo bien remunerado a miles de miles de obreros, por la introducción a su territorio de nuestro cacao, no cobran derecho alguno y si lo cobran es muy pequeño; pero, quered enviar, no cacao en bruto como lo hacemos, sino ya manufacturado y no podréis, porque ahí se están los aranceles fuertes para la introducción de objetos que se elaboran en el propio país; ya veis, debemos imitar su ejemplo y debemos dejar pasar por nuestras aduanas, libre de derechos materias primas como el hierro, etc.; vosotros sabéis cuáles deben ser los artículos privilegiados que incrementen el trabajo y den ocupación a mayor número de individuos.

Hubo un Presidente en Méjico, en el pasado siglo, que si bien no fue en todo de lo mejor, quiso sin embargo apoyar las industrias nacionales eficazmente. Pues bien, prohibió la introducción de objetos similares de los artículos nacionales, y los mejicanos se vieron en el caso de usar no finas telas sino las que producía el país, no



muebles bellos sino aquellos que los carpinteros confeccionaban, como nuestras sillas de Chillo o de Otavalo. Yo no quiero ir tan lejos, porque la gente elegante de nuestro país protestaría que se le prive de comodidades y que se le obligue a usar zapatos nacionales, que le oprimen sus piecitos delicados. Desgraciadamente poseemos y hemos propagado aquella creencia de que todo lo extranjero es mejor que lo nacional. Yo nó, señores siempre he creído que lo nacional es lo mejor —hablo del fruto del trabajo— y si en verdad veo que un producto es superior, todavía digo es mejor el producto nacional por ser ecuatoriano—sólo con estas convicciones propagadas por todos los ámbitos e infiltrada en todas las clases sociales se levantará nuestra industria. Preguntadle a un chileno, quién produce mejor lana, dirá Chile; preguntadle a un argentino quién prepara mejor las carnes congeladas con que se alimenta Europa, y os dirá: la Argentina; fijaos bien que cualquier extranjero compra lo que producen sus compatriotas; pero nosotros creemos que lo nuestro no vale nada; somos demasiado pesimistas como los habitantes del sagrado Ganjes que se someten dócilmente al destino.

Creo que fatigo demasiado vuestra atención, y voy a terminar.

El plan económico que todos los ecuatorianos debemos sostener, es el siguiente: bastarnos a nosotros mismos y exportar todo lo que podamos; es decir, aumentar el trabajo para que todos los brazos desocupados se ocupen y para que todo obrero perciba un salario en armonía con sus necesidades; pero para todo esto, iguálemos a todo ecuatoriano ante la ley, incorporémosle al indio a la civilización, ya que no podemos castigar este crimen humano, por lo menos hagámosle cesar: que se extinga ya el paria de los Andes, que tenga patria la raza vencida; permitámosle respirar el aire de la libertad a esta raza caída en el oprobio y el olvido. Hagámosle hombre a este sér maldito. Borremos por fin esta mancha nacional, porque sabed ya, que no hay esclavos en el mundo y sólo en el Ecuador tenemos en beneficio de unos pocos de duro corazón, insultando así a la civiliza-

ción y al progreso. No olvidéis que los pueblos que alimentan injusticias tan grandes, males tan infamantes y horrendos, dolores tan agudos, sucumben en la vida de la Historia porque la justicia vence siempre al fin. No olvidéis que si Roma cayó fue porque le roían las entrañas los esclavos y porque no pudo realizar su unidad social, y que si la España de nuestra época cayó también del puesto de gran Nación, fue porque nos oprimía a los americanos y si Turquía es arrojada de Europa y condenada a perecer, es porque esclavizó a otros pueblos. Nosotros también podemos merecer castigos por esta suprema injusticia. Pero no, el Ecuador es un país joven y va entrando en la senda de la reflexión y va conociendo sus verdaderos intereses y pronto, yo lo auguro, amanecerá la aurora de libertad para el indio y el mejoramiento económico para el obrero ecuatoriano.

SEÑORES.



D. B. HIDALGO.

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL